

Venezuela debe superar la confrontación estéril

Cómo gobernar después del 14-A

Luis Salamanca*



ERICK S. MAYORA

Las opciones, para el ganador de este proceso electoral, son muy claras: o se recupera la democracia o se sigue avanzando por los caminos del autoritarismo evolutivo, esterilizador de la democracia

Tras la muerte del primer mandatario el país busca reacomodarse a su desaparición física. Es un reacomodo sicológico y político, pues dejó una relación emocional muy fuerte con sus seguidores y con el país, y un modelo de hacer política y de manejar el Estado. Con su fallecimiento se inicia el fin del ciclo personalista abierto en 1998. No era un presidente cualquiera sino un caudillo de masas, un hombre fuerte, un hiper-presidente, el alfa y el omega del chavismo, rasgo que le dio su fuerza pero que ahora lo debilita pues no se vislumbra sucesor a la altura del jefe. El modelo político de estos años fue un asunto muy personal, hecho por él y para él. Todo giraba en torno a su persona. Era el eje alrededor del cual se movía su gente. Sus sucesores y seguidores quedaron sin el pivote alrededor del cual circulaban. Puesto en términos deportivos, era quien daba los jonrones, empujaba las carreras, metía los goles. El líder era además un gran encantador de masas y gran reciclador de sueños y de esperanzas populares, rasgo faltante en los sucesores. El equipo quedó sin su cuarto bate o sin su goleador estrella. Ahora deben ganar los juegos unos jugadores de ligas menores.

Esto significa que, objetivamente, el oficialismo ha entrado en una fase de debilitamiento político. Este decaimiento generará sus efectos en el tiempo. No se dará de un día para otro debido a que está compensado por el recuerdo del líder, por el capital político legado pero, sobre todo, por mantener el Gobierno y la maquinaria del Estado.

Esta situación objetiva delimita las opciones estratégicas de los actores. ¿Qué pueden hacer? ¿Se podrá continuar por el mismo camino o se buscará otro? ¿Será posible mantener el modelo político y terminar de construirlo? Estas preguntas pueden modularse menos radicalmente. Si el oficialismo gana: ¿habrá algún reajuste en el modo de hacer política y de manejar el Estado? ¿Podrán hacerlo los sucesores? Si lo evaluamos por la campaña electoral oficialista, poco es lo que se puede esperar. Aunque dada la subrogación del candidato oficial en la figura del expre-

sidente, aún no se conoce realmente cuál será su programa de gobierno más allá de darle continuidad a las misiones.

La próxima etapa viene cargada de problemas nuevos, sumados a los crónicos asuntos a los cuales no se ha dado respuesta satisfactoria. Por ello, una cosa es lo que puedan querer los hombres y otra cosa es lo que la realidad permita. Esta se antoja harto difícil para los venezolanos y de ello no escapan los gobernantes. Gane quien gane, se enfrentará a una crisis del modelo económico aplicado hasta ahora, con una fuerte crisis social que arriesga lo más notable del modelo político dejado por el extinto dirigente: el discurso social. El haber politizado la pobreza y haberle inyectado identidad política a grandes contingentes de personas, fue el gran logro de estos años. Eso se logró con gasto social institucional pero también clientelar. Si se midiera el ingreso de los sectores populares después de la doble devaluación y del repunte inflacionario de 2013, se observaría que los niveles de pobreza han subido significativamente lo que, por otra parte, muestra lo endeble de la famosa erradicación de la pobreza pregonada por el Gobierno. Una cosa es aliviar la penuria de la vida de los ciudadanos de menores recursos y otra cosa es eliminar la pobreza. De esta se sale con una buena economía que genere buenos empleos, con buenos sueldos, buena educación y buenas políticas de seguridad personal y social. Y estamos lejos de ello.

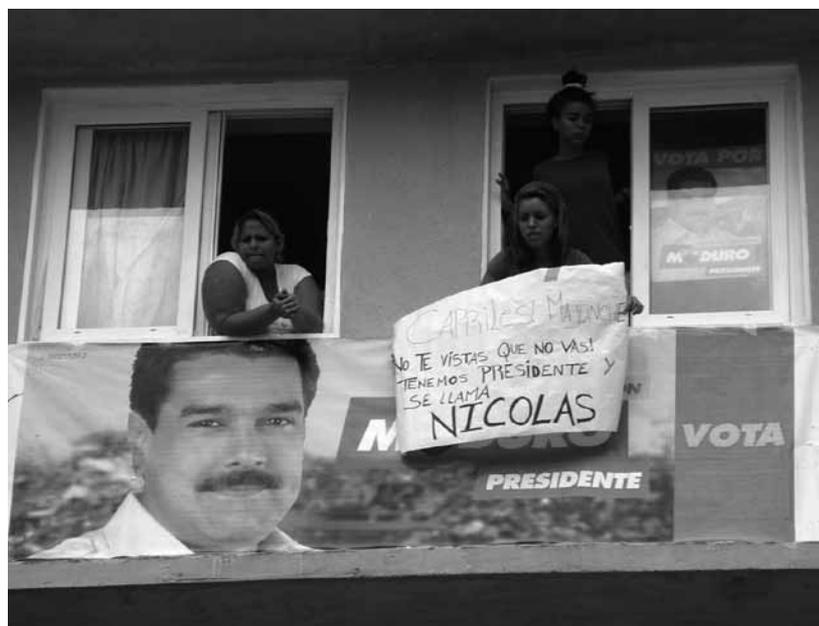
La economía y, sobre todo, la crisis fiscal del Estado, es hoy uno de los principales problemas políticos del país. El modelo económico hace agua por doquier y ello arrastra lo social. El déficit fiscal del Estado va a agotar el margen de maniobra de cualquier gobierno, dada la cantidad de obligaciones contraídas en las elecciones y la escasez de recursos para enfrentarlas.

LA POLÍTICA DE LA HOSTILIDAD

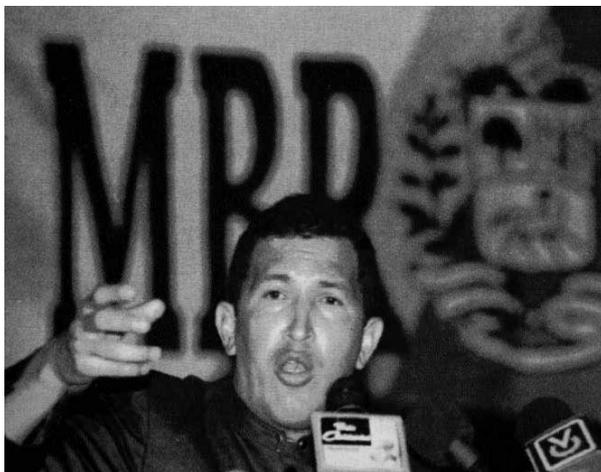
Paradójicamente, la lucha contra la pobreza, tal como fue planteada por el oficialismo, afectó profundamente a la democracia. Esos catorce años alteraron el sistema democrático de manera significativa, disminuyendo la calidad que le había permitido al excomandante ganar en 1998, siendo un candidato antisistema. La democracia dejó de ser un escenario de debates y juegos políticos en los que todos los actores ganaban, para pasar a ser un campo de confrontación hostil. En lugar de debate hay una lucha sin tregua, vista como una *guerra*, que en abril de 2002 llegó a mostrar su alto potencial destructivo con su saldo de víctimas fatales. En lugar del consenso ha predominado el conflicto en una escala jamás vista en democracia y, probablemente, en dictadura. Han desaparecido el diálogo, el debate y la búsqueda de acuerdos y ocupan

su lugar la imposición, la agresión, la descalificación, la humillación y la demonización del adversario. La consecuencia de esta profunda división política es la exclusión del opositor al cual se le tolera a duras penas. La confrontación política cristaliza en dos grandes polos fuera de los cuales no hay espacio para una tercera opción o para un centro político. La democracia deviene en campo de batalla y las instituciones en *trincheras* en las cuales se da esta suerte de *guerra* permanente. Los poderes públicos se convirtieron en armas políticas para atacar y reducir a los opositores y favorecer y proteger a los seguidores. El Estado viene sustituyendo progresivamente a la sociedad, cooptándola, imponiendo una forma de organización desde arriba y desconociendo formas asociativas distintas y autónomas.

Esta forma de confrontación no podía hacerse democráticamente, sino al costo de ejercer en forma autoritaria el poder mediante el uso ilimitado y arbitrario de la autoridad, imponiendo decisiones más allá de lo permisible en una democracia constitucional. El sistema político se hizo más concéntrico. La lógica institucional era: *todo el poder para el Presidente*. Esto hizo dudar si estábamos en una democracia o en una dictadura, ya que los venezolanos contemporáneos no habían conocido este tipo de régimen híbrido. Entre nosotros ha habido dictaduras y democracia claramente diferenciadas. El autoritarismo venezolano de hoy es evolutivo; avanza gradualmente. No se da en un solo acto y podría ser mayor o menor según la dinámica concreta. Así, se desarrolló una progresiva demolición de la estructura mediática de la democracia lo cual provocó la reducción de espacios democráticos fundamentales. En lugar de la lucha por la am-



ERICK S. MAYORA



Presidente Hugo Chávez.

ELUNIVERSAL.MX

pliación de la democracia hemos asistido a la disminución de la misma. Hoy se avanza hacia la dominación comunicacional gracias a la eliminación de medios a los que se considera enemigos. La democracia marcha hacia un desierto expresivo y hace tiempo se produjo la ruptura de la comunicación política entre Gobierno y oposición, entre Estado y sociedad civil. Esta situación responde a la conceptualización de los adversarios como enemigos a los cuales hay que debilitar o desaparecer como condición de la propia sobrevivencia, buscando un punto de no retorno de la revolución. Esto, sin duda, no es posible en democracia. Si bien el autoritarismo avanza después de elecciones, estas son, al mismo tiempo, el principal obstáculo a su expansión y la única posibilidad de su reversión dentro de un marco democrático.

SUPERAR LA CONFRONTACIÓN ESTÉRIL

A esta pauta de funcionamiento se enfrentará el ganador de las elecciones del 14 de abril de 2013. Las opciones son muy claras: o se recupera la democracia o se sigue avanzando por los caminos del autoritarismo evolutivo, esterilizador de la democracia. Si queremos lo primero, hay que comenzar por desmontar la incomunicación política entre todos los sectores de la vida nacional. Esta es producto del desconocimiento del adversario y alimento predilecto de la polarización. Reconstruir la comunicación política comienza por recuperar la conversación como elemento mínimo de la vida democrática, el diálogo (no de sordos) y el debate a fin de impedir la caotización definitiva de la nación. Un elemento que puede ayudar en esa dirección es que el personalismo ya nadie puede encarnarlo como antes. Al no estar sometidos al personalismo, se abre el camino para re-institucionalizar al país.

Sin embargo, ello dependerá de quien gane. Una victoria oficialista nos mantendrá por el mismo camino, con ciertas variaciones. No obs-

tante, observo en el oficialismo la búsqueda de un liderazgo más colectivo, aunque dada su cultura política interna, ese camino no lleva necesariamente a la institucionalización. A este respecto, otro foco de crisis potencial es el comportamiento de los distintos sectores y tendencias oficialistas. Entre ellos están las masas, las más afectadas por la muerte del líder, las cuales sienten que sin su *protector* pueden perder lo conseguido y han sido críticos del entorno de poder del exmandatario. Por lo pronto se ven afectados por la devaluación. Para mantenerlos tendrán que acentuar la conexión mítica y, sobre todo, el vínculo utilitario y clientelar para mantener su apoyo, el cual es la clave para la continuidad en el poder en el marco electoral. Por otro lado, está el chavismo periférico. Están organizados en disímiles partidos y asociaciones tipo PCV, La Piedrita, etcétera. Incluye a los formadores de opinión y analistas. Están *fuera del círculo de poder* y muchos han entrado en una onda crítica con decisiones como la devaluación. Muestran tendencia a salirse del carril y a comportarse por su cuenta. Solo el líder los mantenía bajo control. Basta recordar el caso del Centro Internacional Miranda que criticó el hiper-presidencialismo y fue rechazado duramente.

Asimismo, la crisis económico-social actual pudiera obligar a buscar algún entendimiento para la gobernabilidad. Solo el debilitamiento político ha permitido en el pasado una cierta búsqueda de acuerdo. Por ello, dependiendo del resultado electoral la vida del país tomará un curso u otro. Una victoria de Capriles pondría al país ante la posibilidad de empezar a recomponer el sistema democrático, aunque en medio de grandes conflictos pues el oficialismo quedaría con mucho poder. Una victoria estrecha de Maduro haría más difícil un gobierno ilimitado y junto con la crisis socio-económica, podrían obligar a otro manejo del país. Pese a lo cerrado del conflicto siempre es posible abrir espacios para el entendimiento a fin de dejar atrás la confrontación estéril que, de continuar, puede llevar al país a la bancarrota.

*Abogado, politólogo.